



CUERPO Y PODER

UN DIÁLOGO APÓCRIFO ENTRE BARUCH SPINOZA Y MICHEL FOUCAULT

IVANNSAN ZAMBRANO GUTIÉRREZ

Profesor
Facultad de Educación
Universidad de Antioquia

En una calle de Ámsterdam, Baruch y Michel se han hecho amigos. En las noches caminan y conversan. Aquí uno de sus diálogos.

—Michel, si observamos el comportamiento de lo que existe, lo “vivo”, se evidencia, no sin dificultad, una cierta regularidad, una suerte de “conocimiento”, un tipo de perseverar inmanente a todo lo existente. Si prestamos atención, daremos cuenta de que ese “conocimiento”, es o puede ser para los hombres un camino que siendo caminado y comprendido constituye una ética, una vía ética de vivir la vida. Los hombres, sus cuerpos, son también parte de la vida. En la comprensión del cuerpo, de lo que es el individuo, es posible comprender la vida y saber qué somos y en esa vía cómo vivir. Antes que Freud, yo afirmé: la esencia de los hombres es el deseo. El hombre es una manera de ser de la vida, para mí la Sustancia. El deseo trae en sí mismo los elementos que hacen de él y del cuerpo que lo contiene un *conatus* (perseverar en el ser), uno que en su afirmación, en su deseo de durar, puede vivir bien si comprende lo que es o mal, si se abastece de ideas que van en contra de él o la vida. Los hombres deben saber de sí mismos, conocerse adecuadamente, y así comprender la vida.

—Sí, Baruch, hablé de eso en el último tomo de *Historia de la sexualidad* y en un curso, que posteriormente fue publicado y titulado *La hermenéutica del sujeto*. El tema de la cultura de sí. Respecto a la idea de hombre, he hablado del análisis de los juegos de verdad (arqueología) y relaciones de poder (genealogía) en medio de los cuales, en diferentes momentos históricos se constituyen objetos, conceptos y el hombre mismo. En esta línea he realizado un estudio de nuestro presente, visibilizando la voluntad de verdad que nos constituye a nosotros mismos. Una ontología del presente y no de los entes o las esencias trascendentales que han querido ocupar el lugar de la verdad. Así las cosas, me interesa evidenciar los modos de subjetivación del ser humano en el camino de la experiencia y de la búsqueda de verdad, esos que conducen al individuo a ser sujeto de una forma de vida, una forma de vivir el presente. Yo no hablo de lo que es el hombre, sino de lo que el hombre, es decir, nosotros, somos en este preciso momento de la historia. Pensé la arqueología y la genealogía como escenarios analíticos que

responden a ese interés, primeramente la arqueología, que se pregunta por los juegos de verdad y falsedad en el discurso, en la emergencia del saber, del sujeto, también la genealogía, que analiza en dicha emergencia el modo en que opera el poder. Baruch, los cuerpos, el hombre, los conceptos, no existen *per se*, éstos son constituidos en juegos de poder y saber en el seno del discurso, allí los cuerpos se producen y reproducen. El cuerpo no existe en sí mismo, el cuerpo no sabe de sí, a él no le es inmanente ningún saber, por el contrario, los saberes a través de formas de poder, lo atraviesan y le dan forma. Él es producido, normalizado y disciplinado. No existe el cuerpo ni el sujeto en tanto instancia fundadora de verdad, de discurso, de episteme, existen relaciones de fuerza, fuerzas sobre fuerzas, sucesión de situaciones estratégicas en las que, de acuerdo a sus racionalidades, se define una dirección no derivada de la planificación de alguien, y que sin embargo, encauzan ese impulso de vida que alimenta a los individuos.

—Entonces los cuerpos, los individuos no existen *per se*, pues son producto de lo dicho, del discurso. Nada existe *per se*... la realidad es discursiva.

—¡Sí!

—Michel... piensa esto: ¿qué pone en pie al cuerpo de un ternero una vez éste es expulsado del cuerpo de la madre vaca? ¿Qué saber subyace al cuerpo del ternero que lo hace hacer lo que debe hacer? Muchos dirían instinto, pero, creo que en ese acto hay una muestra de algo, un “conocimiento” inmanente a la vida, uno articulado al orden y conexión natural de las cosas.

—Un hombre es diferente a un animal, Baruch, nosotros hemos sido labrados en las palabras, ellos en sí mismos, no. Ahora, sé a qué te referes y... me inquietas, creo que tus palabras se inscriben en un discurso universal y en una historia que se afirma en el origen, la continuidad y la finalidad: meta-historias, historias que responden más al deseo de lo inalterable, inmóvil, idéntico y solidificado; metafísica, una que ha servido a unos para imponerse a otros, dejando de lado la intrincada y compleja realidad en la que devienen los hombres. Hemos vivido de historias que ordenan la vida en una sola historia, una sola forma de ser, de nombrarnos, como si no hubiesen luchas y forcejeos en el devenir de esas historias... Baruch, hemos de percibir las desviaciones, los errores y fallos de apreciación, descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no están en absoluto la verdad ni el ser, sino el accidente. En esta vía entendemos críticamente la vida y podemos vivirla mejor.

—¡Que el camino no opaque la meta, Michel! Una cosa es lo que hacen los hombres con el pensamiento —seguramente me hablaras del poder— y otra, la finalidad de un pensamiento, una existencia, la humana, que ha tratado de comprenderse a sí misma, saber qué es en sí y en relación con lo que la rodea. Hemos tratado de entender la existencia y ciertamente hay tensiones, forcejeos... casi que no logramos ponernos de acuerdo, y sin embargo, es más lo común que lo disperso, son más las intenciones de vivir que de morir. Ahora, entiendo que en cierta forma la metafísica —y he allí las peleas entre los hombres en el seno de sus pensamientos, de sus convicciones y apuestas, unas llenas de odio, testarudez, otras comprensión y cautela— pensó al hombre sin el cuerpo, al hombre en el mundo de las ideas y no en su realidad concreta, también se prestó para



esclavizar a los hombres. Yo no he pensado al hombre de esa forma. Para mí el hombre vive de sus pasiones, aquellas articuladas al cuerpo. He partido de ellas para pensar al hombre y la vida en sí... Pero habla, quiero escucharte.

—Baruch, debemos pensar al hombre, sí, pero no para encontrar en él un individuo, un sentimiento o una idea, los caracteres genéricos que permiten asimilarlo a otros, decir que es él y no otro, sino, para percibir todas las marcas sutiles singulares que pueden entrecruzarse en él y formar una raíz difícil de desenredar. Amigo, el cuerpo está aprisionado en una serie de regímenes de poder y saber que lo atraviesan, roto por los ritmos de trabajo, reposo, fiestas, intoxicado por venenos, que no son otra cosa que el mismo alimento, los valores, los hábitos y las leyes morales. Nada en el hombre, ni en su cuerpo es lo suficientemente fijo para comprender a los hombres y reconocerse en ellos.

—¿Qué finalidad tiene pensar al hombre de esa forma?

—Creo que debemos responder a la pregunta por lo que somos no en esencia ni al interior de un ser del que seríamos parte, sino en el escenario de un presente que nos produce, nos doblega, de una historia que no construye, sino que la mayoría del tiempo destruye al cuerpo, la vida. Solo respondiendo a la pregunta por lo que somos, podremos pensar lo que podremos ser.

—Según como lo planteas, y sin decir que sea falso, creo que al final quien piensa la vida en esta vía, y quiere responder a la pregunta ¿cómo vivir?, termina perdiéndose en ella, pues la luz siempre será oscuridad. Tú piensas al hombre, y sin embargo no al hombre de carne y hueso, aquel que es parte de la naturaleza en tanto ser biológico, sino, a aquel hombre que los hombres imaginan o piensan que son, a aquella idea de hombre donde se recrean los hombres, olvidas que ellos ante todo viven de los afectos, y que es en el seno de los mismos en relación a la naturaleza que podemos entenderlos. A veces por ver el árbol no vemos el bosque Michel... responder qué es el cuerpo, el hombre, nos ayudaría a comprender lo que dice él, lo que busca, lo que necesita y lo que puede hacer respecto a sí mismo. Tú entiendes al hombre en la oscuridad en la que se resguarda y se recrea, intentas develar las relaciones de poder y saber que subyacen a sus manifestaciones, comprender qué hay en sus gritos, sus búsquedas. Yo intento prender la luz, y dar cuenta de lo que el hombre es, y de esa forma, propiciar que el hombre se atienda a sí mismo, que encuentre en sí mismo según lo que es, un horizonte de vida.

—Baruch, todo es interpretación. Lo único cierto es que la humanidad no progresa lentamente, de combate en combate, hacia una reciprocidad universal... no, las reglas están hechas para servir a unos y otros, a esto o aquello. En todo esto, el poder, quien hace uso de él, quien lo ampara y lo utiliza, quien haciendo uso de ese poder dota al cuerpo de un rostro, uno que al final no es él mismo, sino una idea exterior a él, una idea de cuerpo que ha sido hablada, pensada y reproducida siguiendo ciertos interés, cierta forma de ver la vida, una idea producto de relaciones de fuerza que han dotado a la misma de cierta particularidad. Es necesario entender las fuerzas tal como se despliegan, para ir ascendiendo y ver cómo se constituyen los sujetos, los grupos, las instituciones.

—¿El poder?... ¿Qué es el poder?

—El poder no es una esencia, una sustancia, tampoco un instrumento que unos detentan y otros padecen, no es algo vertical, un arma de los opresores en contra de los oprimidos, no, no es eso. Baruch, el poder es algo disperso, confuso, algo que circula, una relación de fuerza, un entramado de relaciones que unos y otros ejercen y que sin embargo, es inmanente a todos. El poder integra el saber y el saber el poder. El poder se ejerce ordenando, alterando, modificando, todo con base en un saber, un conocimiento que es más la respuesta a una estrategia de poder que se va constituyendo y hegemonizando.

—Se trata de una física de los cuerpos... relaciones de fuerza. Coincido en que el poder no es una esencia, sino algo que se ejerce. Para mí el individuo es potencia, y en esa medida, un grado de potencia, un impulso, que se ejerce, que se afirma. Ahora, creo que el poder ejercido sobre los individuos no viene solo de afuera, sino, que el mismo encuentra una manera ser en el individuo debido a que éste se relaciona de una particular manera con él. Esto debido a las ideas que tiene el individuo y que lo llevan a relacionarse con el mundo y consigo mismo, ideas que si son adecuadas, permiten que el poder o quien lo ejerce, quien ve aumentado



su *conatus* en él, no disminuya, que no atente contra la existencia del individuo en sí. Antes hablé del *conatus*, el perseverar en el ser. Cada individuo, cada cosa, intenta tanto como puede, durar. Durar es el objetivo de existir. El individuo es potencia, es lo que puede según su potencia. He ahí el poder, aquella fuerza que entra en relación con otras fuerzas siempre buscando existir, vivir. Pienso en aquel ternero, él se levanta, lo hace rápido. De antemano la vida “sabe”, (un saber intuitivo) que si el ternero no se levanta, está en riesgo, puede dejar de vivir, algo lo puede atacar. Él debe moverse. Nuestros cuerpos hacen cosas increíbles, en ellos (y en todo lo existente) hay un saber que observado detenidamente nos indica un camino, un orden natural... piensa en todo lo que ocurre al interior de nuestro cuerpo, todas esas clasificaciones, esos filtros, esas elecciones, el cuerpo distingue entre lo que hace bien y lo que hace mal y aun así, sostenemos que nada dice el cuerpo. Por otro lado, si en nuestro devenir somos un accidente, un producto azaroso de luchas en las que se nos labra, se nos da forma en uno y otro camino, si no hay un fin ni un modelo, entonces, cuando nos preguntamos qué hacer, solo encontramos relativismo. ¿Qué hacer Foucault?... si es así, estamos condenados al fluir de una vida que nos disminuye en el juego azaroso del poder, una vida a la que en ocasiones escapamos, y sin embargo, una vida, un dispositivo que nos determina. Creo en lo que dices, pero ¿Cómo resistimos? ¿Cómo luchamos? Michel, para mi nuestras ideas ciertamente construyen la realidad, pero, si son buenas ideas (adecuadas), hacen de la misma algo bueno, algo benéfico individual y colectivamente, algo que aumenta la vida en todas sus expresiones, pues hace posible el fin de la misma, vivir, y no algo que la disminuye, que atenta contra esa vida. ¿Qué finalidad tiene la vida Michel? tú, siguiendo a Nietzsche, podrías decir ninguna, yo digo existir, durar tanto como sea posible, y las condiciones necesarias para ello pasan por entender qué somos, qué necesitamos y qué buscamos... aumentos, no disminuciones.

—Entiendo que estas interesado en una verdad respecto a cómo vivir y finalmente qué es la vida. Ahora, la “verdad” está ligada a sistemas de poder que la producen y mantienen. No es posible liberar la “verdad” de aquellos sistemas. La verdad es en sí misma poder... ¿sabes? Hay que separar la verdad de las formas hegemónicas en que ha sido producida. Estudié un conjunto de formas de subjetivación, una suerte de cultura de sí en la época antigua principalmente. Evidencí una suerte de tecnologías a través de las cuales los individuos llevaban a cabo un trabajo sobre sí mismos, una que los inscribía en una ética y que tenía unos fines loables, pues tenía que ver con cultivar y gobernar la propia vida, la búsqueda de una verdad que trajera consigo paz y armonía. Tú hablas de que los hombres deben saber de sí, conocer qué son y en esa vía saber cómo vivir. Creo que dichas tecnologías son un correlato de dicha afirmación. Si pudiese escoger entre los modos de subjetivación de los que han de hacer uso los hombres para habitar el mundo, seguramente pensaría en estas tecnologías de sí, prácticas de sí, pues tienen un fin ético y político.

—¡Michel, estoy cansado! Será responsabilidad de los que nos leen pensar y encontrar el camino, en ellos mismos. ■